

Fontenla en el prólogo, en una simple referencia al cine, sino que, en nuestros días, se amplía a otros numerosos medios de comunicación. «Los mitos han cambiado de nombres. Lo que no ha cambiado demasiado es lo demás...».

Pasados o no los grandes tiempos de la mitología cinematográfica, el libro de Ehrenburg continúa siendo actual. Quizá por eso no estuvo permitida su edición en España desde 1932 (1), y quizá también por eso, ahora que reaparece (2), no lo hace en su estado íntegro, sino sufriendo la mutilación de varios capítulos completos. Sin embargo, su lucidez y su mordacidad permiten superar, en la medida en que esto siempre es posible, las grandes limitaciones impuestas por la censura. Es muy posible que si el libro hubiese estado contado en términos de especialista, herméticos e inútiles, hoy podríamos presumir de liberalidad. Pero el escritor, novelando sus impresiones, escribió «La fábrica de sueños» en un estilo diáfano, divertido, accesible y brutal.

No es que «La fábrica de sueños» sea ahora el mejor libro sobre cine de los escritos hasta la fecha. Ehrenburg, como en su vida, fue un hombre desigual como autor. Y en este caso, dejándose llevar por la evidencia y por su espontaneidad, no profundizó excesivamente en muchos de los ricos apartados del libro. De lo que hoy, cuarenta años más tarde, su obra se queja. «La fábrica de sueños» podría haber superado su esquematismo con un poco más de rigor. Pero quizá esto no estaba en los proyectos de Ehrenburg y, de cualquier forma, como libro de iniciación al cine, resulta hoy fundamental para tanto cinéfilo como pulula despistado por la mitología cinematográfica. ■ D. G.

(1) De esta edición se habló en TRIUNFO número 448, 2 de enero 1971.
(2) Akal Editor, Madrid, 1973.

La novela insinuada de Antonio Ferrer

La última novela de Antonio Ferrer, «Ocho, siete, seis» (1), se presenta bajo una doble perspectiva, en la que se conjuga, junto a una forma vanguardista, un contenido moral que a ningún hombre sensibilizado ante los problemas de nuestro tiempo, y, muy singularmente, de nuestro país, puede serle indiferente. El resultado es, a mi juicio, excelente.

«Ocho, siete, seis» es una novela de transición que, desde un punto de vista estrictamente literario, se centra en ese universo de exploración en el que la experimentación de la forma y el afán por superar los moldes clásicos por los que transita el lenguaje, marcan una característica común a una gran parte de la novela actual, dándole como un matiz de dificultad, a través del cual el escritor se perfila no solamente como novelista, sino también como hombre-intelectual. Esto obliga al lector a sondear, a agudizar la mente para descubrir vetas que aparentemente permanecen ocultas. Sin embargo, no es una novela intimista. Al mundo personal del escritor vertido al exterior, se opone una imagen conflictiva, que en la actual circunstancia de Ferrer parece haber sido subvertida por medio de una valoración cualitativa de la realidad real y de la realidad literaria. Yo diría que Ferrer ha profundizado en la realidad, la ha desesquematisado y la ha presentado como es: problemática, llena de individualidades heterogéneas, de sentimientos que chocan, de silencios que no se comunican. Y a esta parcela de la vida ha unido el mosaico aprehensible y táctil, aquel que observamos cada día al pisar las

(1) Antonio Ferrer. «Ocho, siete, seis». Barral Editores, S. A. Barcelona, 1972. 172 páginas.

aceras de nuestras calles. Se huye, en una palabra, de toda simplificación de lo real, lo cual acrecienta el interés de la novela a medida que se mezclan en un mundo de ternuras y desgarramientos personales y colectivos, planos y contraplanos, escenas que nos hablan de esa realidad real, al alcance de la mano, con visiones imaginarias, en las que, en ocasiones, una prosa

de contorno de apreciaciones no concluidas, de planos no exactamente cortados, de personajes que se mueven de una cierta manera evanescente, siendo así que el lector nunca llega a tenerlos perfectamente dominados. Ferrer da trazos tenues, y la novela parece presentarse a la manera de un cuadro impresionista, en el que ni el argumento ni sus víctimas destacan nun-



ca con caracteres fuertes. Se insinúan solamente, y se desdibujan sin haber llegado nunca a estar geoméricamente trazados. Esto contribuye a darle un aire de misterio íntimo, acaso intriga, que en ningún momento se desvelará.

Novela con personalidad propia, tanto por lo que tiene de interés formal como por la armonía general de su intención. Cabe decir también que se trata de una novela honesta, literariamente honesta, sin trampas, sin concesiones gratuitas y fáciles, como algo con lo que uno se enfrenta para medirse a sí mismo antes de dar tiempo a que nos vean los demás. Habría que lamentar que, por una serie de circunstancias no ajenas a la literatura española actual, esté pasando casi inadvertida. Ya decía Luis Cernuda, con la sabiduría y hondura que caracterizaron sus palabras, que «la literatura, en España, no tie-

ne, cuando la tiene, sino actualidad». Desgraciadamente, esto sigue siendo cierto. Pero, en cualquier caso, dejemos constancia de que «Ocho, siete, seis» es una novela en la que Ferrer da muestras de un talento maduro y de un oficio muy bien conocido. ■ LUIS SAAVEDRA.

ne, cuando la tiene, sino actualidad». Desgraciadamente, esto sigue siendo cierto. Pero, en cualquier caso, dejemos constancia de que «Ocho, siete, seis» es una novela en la que Ferrer da muestras de un talento maduro y de un oficio muy bien conocido. ■ LUIS SAAVEDRA.

Viviendo con el odio

El odio no es, evidentemente, una pasión propia del mundo contemporáneo. Sin embargo, en nuestro tiempo y en nuestras civilizaciones adelantadas aparece con unos rasgos distintivos precisos. Hay odio de razas, hay odio de clases. ¿Hay un odio injusto y un odio justo? Alfred A. Häsler escribe que «el odio contra Hitler y sus sicarios que abrigan las víctimas que han sobrevivido al nacionalsocialismo es cualitativamente distinto del odio que animaba a los matones pardos contra los judíos, demócratas y comunistas. Häsler ha obtenido esta conclusión después de una larga encuesta acerca del odio, en la que ha interrogado a algunos de los principales pensadores del mundo de habla alemana, y ha publicado en libro (1) las respuestas. Continuamente está presente esta división, esta calificación del odio, entre el de los privilegiados («el resultado del odio de los privilegiados es el fascismo», Häsler) y el de los oprimidos («odio por motivos superiores», Bloch), pero también es una solicitud continua, a unos y a otros, para que cesen en esta pasión: «la lucha no violenta es hasta ahora la forma más sublimada, más pura y a la larga la más eficaz de todas las revoluciones».

El odio es «pálido, cobarde, encogido, pesti-

(1) Alfred A. Häsler. «El odio en el mundo actual», 21 conversaciones. Traducción de Federico Latorre. Alianza Editorial, Madrid 1973.

fero, encierra vapores de cerveza que pueden ser muy explosivos» (Bloch). «En ocasiones hay un odio justificado, un odio que nace de la ira provocada por la injusticia, la crueldad, el abuso de poder. Detrás de ese odio se encuentra el amor dolorido al prójimo. Pero también hay un odio que es ajeno al amor. Este odio puramente negativo sólo puede producir el mal» (Fischer). «El odio es, en determinadas circunstancias, la única respuesta posible, es una fuerza impulsora de la Historia. La apelación al amor, y no digamos a la Humanidad, no ha derrocado ninguna tiranía. Naturalmente, los opresores ven un vicio en el odio que provocan sus formas de dominación, y son partidarios acérrimos de la virtud que no los derroca, de la virtud de los oprimidos» (Max Frisch). «En el odio, el hombre gira sobre sí mismo; y precisamente cuando está dispuesto a aniquilar a los otros y a aniquilarse a sí mismo con ellos para dar satisfacción a su odio, no sólo cesa ese girar, sino que llega a su punto culminante (...). El problema no está, pues, en preguntarse si hay que aceptar o rechazar por principio la violencia, sino si quien por principio debe aborrecer la violencia (cristiano o socialista) puede aceptar la responsabilidad de no hacer uso de ella como recurso momentáneo en una situación determinada» (Gollwitzer). «En el mundo entero se habla del odio, descubriendo así su absurdo. Esto puede contribuir a crear una atmósfera de tolerancia y de respeto mutuo. Pero las fuerzas del mal están a la tarea, como siempre lo han estado. Basta sólo pensar en la bomba atómica y en sus intentos de limitar sus consecuencias. No son muy alentadores» (Guggenheim). «Creo que las energías hoy encerradas en la Humanidad, que



11. PARABOLAS PARA UNA PEDAGOGIA POPULAR
Freinet
●Lainia
14. AUTOPISTA
J. Perich
●Lainia
94. EL CRISTIANISMO NO ES HUMANISMO
González Ruiz
●Península
112. LOS ESPAÑOLES
Jose M. Carandell
●Lainia
114. LAS PRINCESAS DE ACAPULCO
Giorgio Scárnabenco
●Barral-Serie Negra
119. LA CONDESA CAGLIOSTO
Maurice Leblanc (Arsenio Lupin)
●Tusquets-Serie Negra
120. LOS ANARQUISTAS ESPAÑOLES
Becarud-Lapouge
●Lainia
164. TICS DEL PAIS
Cesc
●Península
188. GROUCHO Y YO
Groucho Marx
●Tusquets editores
239. HUMOR LIBRE
Ja
●Lainia
248. NUEVA POESIA CUBANA
Coytisolo
●Península
251. 24 x 24
Ana M. Moix
●Península
255. LA NECESIDAD DEL ARTE
E. Fischer
●Península
258. INICIACION A LA ECONOMIA MARXISTA
J. M. Vidal Villa
●Lainia
259. LOS MITOS DE LA REVOLUCION FRANCESA
A. Gérard
●Península
260. ALQUIMIA Y OCULTISMO
Varios
●Barral
262. SOBRE LA SEXUALIDAD
Nathan
●Lainia
265. LOS TRES PIES DEL GATO
J. Perich
●Península

Pedidos e información a:

distribuciones de enlace
Ballén, 18 - Barcelona - 10

ARTE • LETRAS • ESPE

pueden liberarse en terribles explosiones de odio y de envidia, en horribles explosiones criminales y suicidas, son las mismas que pueden manifestarse en forma de amor, racionalidad y confraternidad» (Heer). «Entre los motivos de esos odios veo el nacionalismo exagerado, el abuso de la religión y el abuso de las ideologías» (cardenal König). «No estoy seguro de que el odio político pueda separarse completamente del odio personal. No hay Voebbels capaz de sacar sencillamente por artes mágicas una determinada clase de odio del alma de un pueblo. El odio tiene que tener relación con estados de la psiquis del individuo, explicables por su situación en la vida privada» (Wolfgang Lefèvre). «Nuestro deber consiste en haber insistido en obligar a los predicadores del odio a expresarse con lucidez. Entonces tartamudearán o se callarán o nos abuchejarán. El odio es el opio del pueblo. No se puede luchar contra el opio, pero sí contra los traficantes, contra el tráfico de opio. Es lo único que está en nuestro poder» (Lüthy). «El odio es, lo mismo que el amor, un fenómeno ambivalente. Hay una clase de odio reprochable bajo cualquier circunstancia y que sólo puede tener consecuencias destructivas, pero hay otro odio que, bajo ciertas condiciones, puede tener consecuencias constructivas; por ejemplo, el odio a la crueldad, el odio a las personas crueles, el odio a la tortura y el odio a los torturadores. Se trata, en mi opinión, de una especie de pasión y emoción que lleva a una acción que, al fin, y se trata de un fin no muy lejano, será útil a la Humanidad» (Marcuse). «El odio es un fenómeno que —como todas las grandes pasiones— anula fácilmente al yo como autoridad encargada de vigilar la sensatez de nuestros pensamientos y nues-

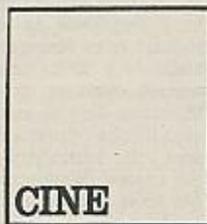
tras acciones» (Mitscherlich). «Despójate de odio y de pasión; en tu enemigo respeta siempre el hombre; no tortures jamás, no humilles a nadie, estate siempre dispuesto a entablar diálogo con el adversario; si aborreces lo que encarna, no le aborrezcas a él» (padre Pire). «El odio debe concebirse, en mi opinión, como lo que verdaderamente es: un fallo del individuo. Considerar el odio como instrumento de la política, de la colectividad, me temo que llevaría a institucionalizar de algún modo ese elemento demoníaco (...). Hay que buscar y castigar las responsabilidades individuales. Me parece que uno debería evitar con el mismo empeño la noción del "odio colectivo" como la de sus consecuencias, es decir, la de responsabilidad colectiva. Contra esas nociones está todo el sistema de los derechos del hombre» (Ruegger). «Los orígenes del odio colectivo se encuentran en la acumulación de represiones y prejuicios. Uno se niega a observar algo objetivamente y, de esa manera, a evaluar un problema humano de otro grupo humano» (Sedar Senghor). «El problema del odio no me parece tan central. Me parece que es mucho peor la indiferencia del hombre frente al prójimo. Si nos preguntamos dónde se sufre verdaderamente en el mundo, vemos que las causas no están en el odio, sino sobre todo en la falta de capacidad de imaginación» (Visser't Hooft). «Antes ocurría que el miedo se transformaba en odio, y hoy puede decirse con ciertas reservas que el miedo lleva más bien a la razón, es decir, a la moderación» (Wahlen). Este puro amontonamiento de citas permite apenas unas consecuencias generales, que son las de la lectura total del libro: los pensadores políticos no condenan completamente el odio, señalan la existen-

cia de distintas clases de odio, y de todas formas, recomiendan que se busquen los medios posibles para eliminarlo de las formas de relación. ■ PABLO BERBEN.

Festival del libro en Niza

En su segunda edición se concederá este año, el próximo mes, el Premio Internacional de Prensa, cuyo Jurado está compuesto por representantes de los siguientes semanarios: L'Espresso (Gianni Corbi), Der Spiegel (Rolf Becker), Newsweek (Scott Sullivan), Nln (Zika Bodganovic), The Observer (Terence Kilmarin), Nouvel Observateur (Claude Perdriel) y TRIUNFO (José Angel Ezcurra). Se conocen ya los libros propuestos por los miembros del Jurado para una primera deliberación: «El informe Meadows» o Report MIT; «Palmito Togliatti», de G. Bocca; «Yo creo en la esperanza», del padre Diez Alegria; «Fire in the lake», de Frances Fitzgerald; «La autogestión a prueba», de Milojko Drulovic; «The Fellow Travelers», de David Cauter, y «Si he mens...», de François Giroud.

El Premio Internacional de Prensa recae sobre libros testimonio o documento. El año anterior el premio recayó en el libro de García Lorca.



Las pesadillas de los buenos burgueses

«Dios mío, ¿qué es lo que hago aquí?», se pre-

guntará Sénéchal (Jean-Pierre Cassel) al verse solo frente al público del teatro para, inmediatamente después, confesarse desesperado que «no se sabe el papel». Es el único momento —onírico— en que un personaje de la bourgeoisie se interroga sobre sí mismo, descubre su insuficiencia. Y ello se produce cuando, también por única vez, dichos personajes son conscientes de estar siendo mirados, observados, enjuiciados en definitiva, por los que se hallan al otro lado del escenario, es decir, por quienes no pertenecen a su grupo, a su clase social. El pavor que sienten, la vertiginosidad con que abandonan sus puestos, va en razón directa de su íntima negativa a convertirse en espectáculo juzgable —y condenable— críticamente. Sénéchal se rezaga y pagará un alto precio por ello: encontrarse de bruce con su soledad, plantearse cuestiones y admitir su debilidad. Lujos que un buen burgués ni puede, ni debe, ni tiene derecho a permitirse.

Porque nada hay más terrible para este «buen burgués» que olvidarse o desconocer la pauta que rige su comportamiento vital. Buñuel va dando a conocer uno por uno los ingredientes que conforman esta pauta, con una exactitud que casi podríamos denominar testimonial. En este sentido, «Le charme discret...» me parece un documento de primera mano sobre las actitudes de un determinado estamento, lo mismo que —a nivel moral— lo era «Al anochecer», de Chabrol, o, con respecto a la decadente sociedad prebélica, «La règle du jeu», de Reonir. Autor cuya mirada semejava entonces a la hoy, a sus setenta y tres años, mantenida por Buñuel cara a un núcleo social similar. Esa mirada mordaz, incisiva, socarrona, irónicamente agresiva, nacida de quien ya ha su-